

Jordan ignasiogate R.

\$680.-

CUENTOS PARA SONREÍR

SAÚL SCHKOLNIK

ILUSTRACIONES DE
ANDRÉS JULIAN



YAN EN LA MISTERIOSA ISLA DE PASCUA

La primera noticia que Yan tuvo, fue el titular en un periódico. En grandes letras anunciaba:

METEORITO CAE
EN LA ISLA DE PASCUA

Aunque parecía interesante, nada más decía en primera página, así es que, sin darle mucha importancia, Yan continuó su paseo en bicicleta en busca de sus amigos.

Sin embargo, por la noche, al llegar su padre a casa, Yan se enteró de que aquel meteorito, como surgido de la nada, había caído sobre Rapa Nui, curiosamente sin producir ningún impacto. Algo frenó su impulso y "el meteorito se posó" --así decía el diario-- "en las ruinas de la legendaria Ciudad de Orongo, en la cima

del volcán Rano Kao, en el extremo sur de la isla”.

Pasó una semana, antes de que volviera a saber del asunto que, por lo demás, casi había olvidado.

Esa tarde su padre llegó a casa más temprano que de costumbre y Yan se enteró de los extraños sucesos de Rapa Nui, pero no sólo se enteró de eso, sino de algo mucho más fascinante...

Al día siguiente... -¡Sí, mañana! -había tenido que repetir varias veces su padre-, mañana saldremos para Pascua. -Y, muy brevemente pues él y su mamá tenían que hacer maletas y arreglar un montón de cosas, les informó que la Universidad le había solicitado que viajara lo antes posible a la isla para averiguar todo lo relativo al meteorito. Esto también significaba que él, Yan, se iba a acostar temprano para estar descansado.

Por la mañana ya estaba listo para el viaje. Había hecho su maleta -su madre la había aprobado-, había tomado desayuno y ahora esperaba impaciente.

Entonces todo sucedió muy rápido: Taxi. Maletas. Aeropuerto.

Titular de un diario:

“Siguen Misterios en Rapa Nui”. Maletas. Carrera al baño. Y en otro periódico: “Pánico entre los pascuenses”. Caminata al avión. Despegue... y ya estaban volando.

Desde el aire la isla parecía aún más chica de lo que había creído. Lo de Pascua, pensó, debe ser porque es como una isla de juguete.

Ahí estaba, increíblemente sola en la inmensidad del mar, totalmente alejada de toda otra tierra. Podía ver su geografía completa, un triángulo con un volcán en cada punta y una decena de cerros desparramados por su rocosa superficie; muy poca vegetación y ni un solo río, ni siquiera un arroyo.

Una duda le asaltó: ¿Cabía el avión en la Isla? A medida que se fueron acercando se tranquilizó.

¡Sí, sí cabía! El problema ahora era otro, no es que le diera miedo aterrizar, ¡pero era tan chiquitita! Cualquiera podía seriamente dudar si el piloto le iba a “achuntar” o iba a seguir derecho al mar. Por fin tocaron tierra. ¡UF!, ¡menos mal!, ¡qué alivio!

El aeropuerto estaba lleno de personas nerviosas, isleños y curiosos. Todo estaba convulsionado, tanto así que nadie los esperaba. Tomaron un

taxi. Camino a la Hostería pasaron por el pueblo, Hanga Roa, donde también parecía haber problemas. Yan recordó los titulares.

Ni bien llegaron, su padre se puso en contacto con el señor Jiménez y el señor Tipao, investigadores de la Universidad. Conversaron un rato y decidieron salir esa misma tarde. El *ahu* que visitarían primero estaba en Vaihu, al sur de la isla. Por supuesto, Yan formaba parte de la expedición.

EL PAKEKE

El altar produjo una profunda impresión en Yan. Dos *moais-ma'ea*, dos estatuas de piedra —cuerpos simples y poderosos cortados a la altura de la cintura con brazos apenas esbozados; cabezas con orejas y narices largas, finos labios apretados y un par de ojos de piedra blanca incrustada, cubiertas por sombreros de lava roja— se erguían majestuosas sobre dos plataformas superpuestas construidas con piedras rectangulares.

Otros tres moais estaban tirados en las cercanías, sin ojos ni sombrero.

—¡Muy buen trabajo! —indicó su padre mientras se aproximaban al *ahu*—. Han restaurado éste. Se ven muy bien los moais con el sombrero y los ojos puestos. ¿Cuándo arreglarán los otros?

—Gracias —repuso el señor Tipao con un dejo de ironía—, pero nosotros no nos hemos ni acercado a este lugar.

—¿No me digas que fueron los isleños quienes lo hicieron? —preguntó admirado su padre.

—No —dijo el señor Jiménez—; ellos tampoco.

—¿Pero si ustedes no los levantaron, entonces... —titubeó, sin querer creer lo que estaba oyendo.

—Nosotros no fuimos y no se sabe quién lo ha hecho. ¿Para qué crees que te pedimos que vinieras?

Se produjo un silencio rodeado de misterio.

Todos permanecieron contemplando aquellas figuras de imponente piedra gris de más de cinco metros de altura, con sus sombreros rojos coronando sus grandes cabezas y sus ojos que miraban sin ver.

Desde una de las casas cercanas tres niños llegaron corriendo. Se detuvieron a cierta distancia.

Yan se acercó a ellos:

–¡Hola! –los saludó.

–¡Hola! –le respondió la niña–. ¿Vienes a mirar el *ahu*?

–Sí, vine con mi papá y esos dos señores. ¿Parece que por ahí ha habido algunos problemas?

–¿ALGUNOS PROBLEMAS? –exclamó el muchacho de pelo veteado–: ¡Pregúntanos a nosotros y te contaremos lo que está sucediendo!

Yan se interesó:

–¿Y qué está sucediendo?

–Primero fue el *homo*.

–¿El qué?

–El *homo*, el meteorito.

–Sí, leí algo de eso en Santiago –recordó Yan.

–Luego los moais –dijo el tercer niño, el más pequeñito, en voz bien baja, como si temiera que las piedras pudieran oírle–. ¡Los moais se están levantando solos, acá y también en otros lugares!

–¡¡CHAA!! –fue todo lo que Yan pudo decir.

–¡Es verdad! Hace como una semana, apareció un *pukao*, un sombrero de esos rojos como los que llevan los moais que están parados –explicó la niña–. A los tres días apareció el otro.



–Te rua raá... –comenzó a decir el muchacho.

–¿Qué? –lo interrumpió Yan.

–¿Te rua raá? ¡Ah, sí, al día siguiente –continuó– oímos el *pakeke* por la noche.

–¿El panqueque?

–¡NO! El *pakeke*: es un ruido de piedras golpeando piedras. Fuimos a mirar, ¡ina!, ¡nadie! ¡Pero el moai... estaba parado! Dos días después pasó lo mismo con el otro. Al escuchar el *pakeke*, al tiro nos asomamos, no vimos ni oímos nada: puras piedras. Cuando nos aburríamos y entramos a las casas, volvió a sonar.

Yan contuvo la respiración: aquello era fabuloso, ¡¡FABULOSO!!

–Hicimos lo mismo varias veces: mirábamos, pero todo era silencio; nos entrábamos y los ruidos empezaban de nuevo. Por la mañana el moai estaba levantado, con su sombrero y sus ojos.

–¡Igual que el otro! Mis papás piensan que hay un *kuhane*, un fantasma, y quieren irse de aquí.

–Pero a mí me da pena irme de este lugar –lloriqueó el niño chico, con un par de lagrimones en los ojos.

–Por eso, hoy íbamos a investigar –concluyó el mayor.

–¡Puchas que me gustaría quedarme con ustedes! –insinuó Yan.

–¡Ee, sii! –aceptaron los niños de inmediato. Entonces él se presentó:

–Me llamo Yan.

–Yo, Kara –dijo la niña.

–Yo, Takui –dijo el de pelo jaspeado– y él es mi hermano chico, Iro.

En ese momento, Yan oyó que su padre lo llamaba:

–Pasaremos la noche acá –le avisó–. Vamos a buscar ropa, los sacos de dormir y preguntarle a tu mamá si quiere venir.

–¿Puedo esperarlos aquí?

Su padre pensó unos segundos.

–¡Bueno!, pero cuidate.

–¡YUUUUU! –gritó Yan feliz, y mientras la camioneta se alejaba, él y sus nuevos amigos corrieron hacia el *ahu*.

Seguramente encontrará algo, pensó, y descubriré el secreto de los moais que se levantan solos.

Pero por mucho que miraron, nada pudieron encontrar, salvo unas extrañas marcas

cuadradas impresas en la tierra como si hubieran dejado caer, a trechos regulares, algo muy pesado.

—Las huellas se dirigen hacia el Rano Raraku —dijo Kara siguiéndolas con la vista—, la montaña donde se fabrican los moais.

—¡Aquí hay otras! —gritó Iro— ¡y van al Rano Kao, ahí donde cayó el meteorito.

No podía ser casualidad. Se miraron, ¿y ahora qué harían?

—Mejor mostrémoselas a mi papá —propuso Yan.

LOS MOAIS SE LEVANTAN

—¡Bien! —dijo su padre al enterarse—, investigaremos esas huellas, pero mañana temprano porque ya es muy tarde.

Estaban reunidos en la casa de la familia Tki, los padres de Kara, comentando acerca de los extraños fenómenos cuando oyeron el repiqueteo:

—¡PK—Krss, PK—Krss, PK—Krss!

El primer impulso fue salir corriendo para ver de qué se trataba, pero el señor Tipao los detuvo:

—Shhht, no hagamos ruido. Si hay alguien, que no nos oiga. Salgamos despacito.

—¡Uf! —exclamó el señor Tki—. ¡*Pohahá ké!*

—Como el padre de Yan lo mirara sin comprender, lo repitió en español—: ¡Noche oscura!

Entonces sucedió algo increíble: Dos de los moais comenzaron a levantarse del suelo, sin cables, sin palancas, sin nadie que los empujara... volaron por el aire hasta el *ahu*, descendieron... y quedaron parados junto a los otros dos. ¡Y todo eso ocurrió delante de sus propias narices! No podían creerlo; el asombro los paralizó; permanecieron así un buen rato.

Luego, uno de los investigadores logró farfullar:

—¡Fantástico, extraordinario, extraordinario!...

—Y ese comentario hizo que los demás corrieran al *ahu* para cerciorarse de que sus ojos no los habían engañado.

Pero ahí estaba: ¡un tercer moai levantado! Lo tocaron por todas partes, era piedra, granito macizo. Intentaron moverlo, ¡era demasiado pesado!

—¡Son seis toneladas! —exclamó el señor Jiménez—. ¡SEIS TONELADAS!

Durante un buen rato dieron vueltas en torno al *ahu* y al moai volador.

De pronto...

—¡ALLÁ! —gritó la madre de Yan—; ¡allá hay algo saltando! —y señalaba hacia el mar.

Efectivamente, a unos sesenta metros de distancia, algo saltó recortando su silueta contra el horizonte.

Todos corrieron para intentar apresar “aquello”, pero al llegar... ¡OH!, había sólo piedras.

Sin embargo, una de ellas llamó la atención de Yan: parecía labrada, era azul y muy pareja. A su lado, una huella cuadrada le recordó las que habían encontrado el día anterior.

Su padre también la había visto:

—Mañana investigaremos —le reiteró.

Era bastante tarde y la noche estaba verdaderamente oscura; vigilaron todavía durante un par de horas, pero nada nuevo ocurrió. Entraron, pues, a las casas. Se hacía difícil conciliar el sueño aun sabiendo que iban a madrugar.

Como en efecto sucedió.

Aunque habían dormido muy poco, al salir el sol no solamente estaban levantados, sino que listos para partir.

Mientras los otros subían a la camioneta, Yan fue a mirar de nuevo la piedra azul.

—¡Papá, papá! —gritó—, ¡ven a ver, no está, no está!

Su padre se acercó:

—¿Qué no está?

—¡La piedra, la piedra no está!

—Tienes razón, Yan —admitió—. ¡Oigan! —preguntó a los demás—, ¿alguno de ustedes ha estado moviendo algo por aquí? —Por la extrañeza de las miradas comprendió que nadie lo había hecho—: Pues alguien lo hizo, porque la piedra azulada que anoche estaba aquí, ya no está.

Pero Yan había descubierto algo más:

—Mira —dijo mostrando el suelo—, ayer había una no más, ahora está lleno de esas marcas cuadradas.

Todos se habían acercado, el misterio se hacía cada vez mayor. El señor Tki observó cuidadosamente:

—Van hacia el Rano Raraku —decidió.

Hacia allí se dirigieron, pero el viaje pareció ser un total fracaso, porque las presuntas huellas, si bien llegaban hasta los faldeos de la montaña, se espaciaban entre las primeras piedras, para desaparecer por completo un poco más arriba.

Había sólo piedras y moais.

¡Y sí que había moais! De todos los tamaños imaginables. Desde uno que medía más de veinte metros aún a medio tallar, hasta otros de un metro, diseminados entre esquiras y piedras rotas. Algunos estaban en pie; los más, yacían recostados; muchos, incrustados todavía en la dura roca con las cuencas de sus ojos vacías mirando el cielo, como implorando ayuda.

No se desanimaron. Al atardecer armaron las carpas al pie del volcán.

Estaban dispuestos a pernoctar allí para continuar investigando al otro día.

Por lo menos eso era lo que pensaban los mayores..., porque los niños, impulsados por Yan, habían decidido continuar su búsqueda durante la noche, ¡claro que sin decir nada!

—¡Obviamente! —esta palabra le encantaba a Yan—, ¡obviamente no nos darán permiso! —argumentó, y los otros niños estuvieron de acuerdo.

LA ESCAPADA

Se acostaron al mismo tiempo que los demás, apenas oscureció, pues no hubo tertulia, y, cuando se aseguraron de que los adultos estaban dormidos, se deslizaron sin hacer el menor ruido fuera de su carpa. Se vistieron, y silenciosamente se alejaron, dirigiéndose hacia la montaña de los moais.

—Está bien oscuro, ¿verdad? —aseguró, más que preguntó, Iro.

—¿No te estarás acobardando? —lo azuzó Kara, tampoco demasiado convencida. La montaña se veía siniestra recortada contra un cielo tenebroso, sin luna y lleno de estrellas que titilaban opresivas.

En verdad, los cuatro estaban atemorizados con aquel paisaje sobrenatural, caminando por entre inmóviles moais que los observaban amenazadores.

Comenzaron a subir despacio, muy juntos utilizando los milenarios senderos que serpenteaban trepando, pero entonces...

—¡PK-Krss, PK-Krss, PK-Krss!

¡HORROR! ¡Era el mismo espeluznante repiqueteo que habían escuchado la noche

anterior junto al *ahu*! Takui e Iro, aterrados, huyeron de vuelta al campamento. Kara y Yan permanecieron en el lugar, quizás porque las piernas no quisieron obedecer la orden de correr, quizás porque la curiosidad fue más fuerte que el susto.

EL ENCUENTRO

—Escondámonos —susurró Yan en voz casi imperceptible.

—Ahí, tras esas rocas —murmuró Kara, y ambos se ocultaron tras un promontorio rocoso. Transcurrieron lentamente algunos minutos, que para los niños fueron eternos, antes de que volviera a oírse el espantoso ruido...

—¡PK—Krss, PK—Krss, PK—Krss!

Pero ahora, amenazadoramente cerca. Entonces divisaron las formas saltando entre las piedras.

Kara, acostumbrada a ver en la oscuridad, no pudo evitarlo y gritó en voz alta:

—¡OH, NO!... ¡Es un moai chico que se mueve!

Ahora también Yan lo vio: Un moai, de no más de un metro de alto, de color rojizo y con un pie cuadrado se erguía frente a él.

Era imposible: Yan sabía que era imposible; Kara lo sabía... ¡¡Pero lo estaban viendo!! Dejando de saltar, el moai se había detenido y los miraba: ¿miraba? Un repentino impulso los obligó a salir de atrás de las rocas y enfrentarse a él.

Las estrellas parecieron iluminar con mayor fuerza y Yan pudo ver al pequeño moai más claramente; comprendió que, aunque no cabía duda de que era de piedra, ¡¡estaba vivo!!...

Y el moaicito les habló:

—¡*Otoroka!* —dijo y una sonrisa asomó en su pétreo rostro.

Como permanecieron callados, repitió:

—¡*Otoroka!*

—¿Qué dice? —preguntó Yan reaccionando, pero aún incrédulo.

—Está saludándonos. Es un antiguo saludo pascuense.

Ya más tranquilo el niño pudo responder:

—¡Hola!

Y entonces... el moai dijo:

—Ho... la.

–¿Quién eres? –preguntó Kara, y el moai repitió:

–Quién eres.

Kara repitió su pregunta en pascuense:

–*¿Koai koe?*

La sonrisa del pequeño moai se hizo mayor:

–*Tanga Mata ma'ea* –repuso muy calmadamente.

–Dice que es un joven del “Pueblo de Piedra” –tradujo Kara con dificultad–. Parece que hablan un pascuense muy antiguo porque apenas lo entiendo –se justificó; y agregó–: Pero es igual a los moais de piedra.

–Para mí también sigue siendo un moai chico que se mueve –observó Yan–. ¡Oye!, ¿cómo se llama?

–*¿Koai to'u ingoa?* –preguntó Kara.

–*Hero-Hero.*

–Se llama Rojo.

En ese momento otra piedra comenzó a levantarse; era igual a Hero-Hero pero de color azul.

Se acercó hasta ellos a saltitos y saludó:

–*¡Otoroka!*

–Hola –respondieron los niños.

–*Moana* –agregó el moai.

–Dice Azul; ése debe ser su nombre –explicó Kara ya sin asombrarse tanto. luego se dirigió a los moaicitos–: Kara.

Imitándola, Yan les dijo su nombre:

–Yan.

Al poco rato se habían hecho amigos. Perdido el miedo, tanto de los niños como de los moais, Hero-Hero procedió a relatar lo que hacían allí:

–Vinimos a ver dónde vivieron nuestros antepasados.

Kara traducía.

–Y también sus tumbas con las estatuas, que ustedes llaman moais, pues fue lo único que quedó cuando tuvieron que volver a Hiva –dijo Moana–. Pensamos que se habían conservado bien, pero no era así. ¡Estaban tiradas por todas partes sin sombreros ni ojos, como si las hubieran derribado...! Nos dio tanta pena que nuestros ojos se llenaron de lágrimas.

Mientras hablaban, desde sus ojos comenzaron a caer unas piedrecitas redondas y cristalinas: ¡Estaban llorando!

—¡Pobres! —se conmovieron los niños y acercándose a los moaicitos los abrazaron para consolarlos y se quedaron con ellos hasta que se calmaron.

—Por eso decidimos levantar las estatuas en algunos *ahus* de Akahanga y de Vaihu y ponerles los ojos, como debe ser, para que miren el futuro, y el sombrero que cada una debe tener para protegerse.

—¡Oye!, ¿y cómo hicieron para levantarlas? —preguntó Yan.

—Así —respondió Moana, y mirando una gran piedra hizo que se elevara, que flotara un rato en el aire y que luego descendiera suavemente.

—¡Oh! —exclamó entusiasmadísimo Yan—. ¡Cómo me gustaría poder hacerlo!

Kara era más práctica:

—¿Eso hacían en el *ahu* de Vaihu?

—¡Sí, y casi nos descubren! —respondió Moana, y todos rieron.

El niño recordó:

—¡Así que tú eras la piedra azul que yo vi!, ¿cómo iba a suponer que eras un ser vivo? ¡Bueno, el misterio se va aclarando!

LAS COSAS SE ACLARAN

—Entonces —continuó Yan contando su encuentro con los moaicitos al resto del grupo, a quienes no había trepido en despertar a las dos de la mañana, mientras Kara, Moana y Hero-Hero esperaban a cierta distancia— nos dijeron que habían aterrizado en Orongo con su astro nave, que todos creíamos que era un meteorito pero que no lo era, guiándose por la forma de la isla y la ubicación de sus tres volcanes. Querían visitar la tierra de sus antepasados... —y relató lo que los jóvenes moais le habían dicho.

Sus oyentes lo miraban, no muy convencidos, sin saber si hacerle caso o simplemente volverse a dormir.

—¿Y dónde están esas criaturas? —le preguntó su madre—. ¿No será que soñaste todo?

Haciendo caso omiso de la observación, Yan dijo:

—No se atreven a acercarse porque tienen miedo.

Y era tal la seguridad de sus palabras que el señor Tipao, quien, como los demás, tampoco le creía, afirmó:

—Te prometo que no les haremos nada.
Todos asintieron.

—¡Kara, pueden venir! —gritó Yan y, ante la atónita mirada de sus incrédulos coterráneos, apareció Kara, iluminada por las brillantes estrellas, caminando en medio de dos pequeños moais, uno rojo y otro azul, que avanzaban dando cortos saltitos; se detuvieron a algunos pasos del grupo y saludaron:

—¡*Otoroka!*

Pasó un buen rato antes de que los humanos fueran capaces de emitir algún sonido. La madre de Yan y la señora Tki lograron, al fin, hacerlo y respondieron. Después, todos se pusieron a conversar animadamente. Al clarear decidieron que sería mejor que los moaicitos partieran lo antes posible, pues el revuelo causado había asustado a los isleños y atraído demasiados curiosos.

Los humanos prometieron levantar las estatuas con su sombrero y los ojos que cada una debía llevar; además, arreglar y cuidar los *ahus*; y, desde luego, no decir nada acerca de Hero-Hero y Moana, los jóvenes del “Pueblo de Piedra”. Éstos, a su vez, prometieron volver, avisando a la Tierra con representantes de su planeta Hiva.

En la ciudadela de Orongo la despedida fue triste. Todos lloraron un poco.

—¡*Te pava mo korua ka noho nei!* —fue lo último que dijeron los moaicitos antes de penetrar en su nave.

—¡Que la paz sea con vosotros! —repitió en voz casi inaudible Kara, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Al partir, sobre la dura tierra de Orongo sólo quedaron algunos terrones húmedos y un montón de pequeñas piedrecillas redondas y cristalinas.

PORQUÉ LOS HOMBRES ANDAN A PIE

Cuando los primeros hombres comenzaron a poblar la tierra de este cuento, conviviendo con pumas y con guanacos, con chüngungos y pudúes, andaban, igual que ellos, en cuatro patas.

Tú pensarás que se veían muy ridículos. Pero debes recordar que los niños pequeños también andan gateando por todas partes y, aunque se ven bastante divertidos, a nadie le llama la atención.

Igual cosa pasaba entonces: Como todos hacían lo mismo, ninguno se reía de los demás.

Y así corrían de un lado para otro, saltaban de una piedra a otra piedra y paseaban por el bosque mirando el pasto.

Pero como los hombres eran más inteligentes que los animales, pronto se cansaron de esto y decidieron hacer algo más entretenido.

Un grupo muy emprendedor se reunió y deliberó acerca de qué podría hacerse.

—Yo propongo un campeonato de ajedrez —propuso uno.

—No seas tonto —le dijo alguien—, primero tendríamos que inventar ese juego porque todavía no existe. ¿Cómo quiere que juguemos?

Pensaron otro rato.

—Hagamos un Club de Lectura —sugirió un escritor-escultor que se dedicaba a estampar sobre piedras unos dibujos que él decía que eran cuentos y poesías.

—Es una entretención muy cansadora —le contestó un lector—; el otro día saqué un libropiedra de la biblioteca y luego estuve una semana con dolor de espaldas.

—No hallo las horas que llegue la televisión —sugirió uno, pero no tuvo gran acogida porque nadie sabía lo que era la televisión.

—Ya sé —se le ocurrió por fin a alguien—; organicemos un campeonato deportivo.

La idea tuvo inmediata acogida.

Se formó una asociación de deportistas y eligieron a los que deberían organizar el torneo.

Todo marchó viento en popa.

Publicaron la noticia en todos los diarios-piedra y en las radiostam-tam de todo el mundo.

Toda la gente comenzó a prepararse para el campeonato deportivo.

Unos saltaban con garrocha, otros corrían compitiendo con los ñandúes y vicuñas. Unos luchaban contra los lobos marinos y otros nadaban más rápido que las toninas.

Y llegó el ansiado día en que se iniciaría el famoso torneo.

Se había despejado para el efecto un trozo de terreno boscoso, y se habían preparado allí todas las pistas necesarias.

Los vendedores de bebidas y de maní confitado invadían el estadio.

Los futuros participantes se paseaban (en cuatro patas) nerviosos y preocupados cerca de las canchas.

Los jueces y los jurados se colocaron en sus puestos.

El público llenó el recinto, trotando feliz alrededor de las pistas.

Entonces los parlantes anunciaron la primera prueba.

—... Primera prueba..., la carrera de mil metros.

El señor Puma, que se había ofrecido voluntariamente como juez de llegada y que había sido ca-

lurosamente aceptado, se hallaba ya en su puesto. Al oír su nombre agitó una zarpa con mucho entusiasmo (estaba de veras entusiasmado. Pero como estaba a mil metros de distancia, nadie lo notó).

Los corredores se ubicaron en la línea de partida. Sonó un pitazo, y nunca se supo quién fue el ganador, porque el señor Puma, juez de llegada, no quiso revelarlo. A medida que iban llegando a la meta, ¡zas! Se los iba comiendo de un bocado, y uno por uno se los comió a todos. (Después, sencillamente, se fue a su casa y se olvidó del asunto).

En vista del misterio que rodeó esta primera prueba los organizadores decidieron anunciar la segunda.

—Ahora... viene el lanzamiento de la jabalina.

A pesar de que los lanzadores estaban listos, se produjo un pequeño revuelo en la pista y se vieron unos trotecitos rápidos. Nadie podía encontrar a la Jabalina.

Fueron apresuradamente a buscar a su marido el señor Jabalí, un atleta extranjero especialmente invitado, para preguntarle por el paradero de su esposa.

—Señor Jabalí —le preguntaron—, ¿dónde estará su señora, doña Jabalina?

—Mi señora mandó a decir... —contestó el señor Jabalí, afilando uno de sus colmillos contra un árbol... —que no podrá venir porque tiene que darles de comer a los jabalitos, que por favor la disculpen, pero que los jabalitos son dieciocho. —Y se rascó de nuevo el colmillo.

—Pero sin Jabalina no podemos hacer el lanzamiento —insistieron los organizadores—. ¿Se imagina usted a los lanzadores, lanzando a la señora Ballena?

Pero por mucho que insistieron no lograron nada. El señor Jabalí se rascaba su colmillo y pedía disculpas.

La prueba se suspendió por no tener los lanzadores nada que lanzar.

Siguieron entonces rápidamente con la siguiente prueba: la del salto largo.

Desgraciadamente habían encargado al señor Sapo, por ser entendido en eso de andar a saltos, la preparación de la pista.

Y el señor Sapo no encontró mejor lugar para ésta que un terreno pantanoso (semejante al pantano donde él vivía).

Sólo lograron rescatar a dos de los cuarenta y seis participantes que desaparecieron en la arena.

movediza. Fue muy difícil, además, medir los saltos, pues los jueces que trataron de hacerlo se hundieron y tuvieron que ser rápidamente rescatados por el público. A pesar de eso, también desaparecieron en la prueba doce jueces.

Así y todo, dicen que la competencia de salto largo tuvo bastante éxito.

Otras pruebas se fueron desarrollando con pequeños inconvenientes, como la del lanzamiento de la bala, que terminó (al tomar los lanzadores muy al pie de la letra el nombre de dicha prueba) con un saldo de doscientos treinta heridos y catorce muertos. Otros hacen llegar el número de heridos a cerca de trescientos, pero no hay que ser exagerados, aunque se sabe que el campeón mató de un balazo, él solo, como a treinta y tantos (entre parientes y amigos solamente, por supuesto).

Y así se llegó por fin a la prueba de salto alto.

El entusiasmo por presenciarla fue indescriptible, pues competían varios excelentes saltarines.

Se oyeron de nuevo los parlantes:

—Comenzará, en este momento, la prueba de salto alto. Rogamos a los señores espectadores bajarse de los palos y abandonar la cancha donde se desarrollará esta prueba. Pedimos también

a los señores saltarines que se reúnan en el lugar indicado. El señor Quirquincho será el juez de partida y el señor Adán el encargado de medir la altura de los saltos.

(Y así se dio comienzo a este torneo que habría de cambiar la historia de la humanidad).

Partió, veloz como una flecha, el primer saltarín y, saltarín que saltó, ocho metros. El señor Adán levantó su cabeza y midió.

—Ocho metros —le gritó al jurado.

Partió veloz como un rayo el segundo saltarín y, saltarín que saltó, ciento veintitrés metros. Se apoyó el señor Adán en uno de los palos y levantando la cabeza midió.

—Ciento veintitrés metros —le gritó al jurado.

El público deliraba de asombro y felicidad.

Partió veloz como un avión a chorro el tercer saltarín y, saltarín que saltó, tres kilómetros y medio. El señor Adán, muy modesto, tuvo que pararse en dos patas, posición bastante absurda por cierto para los habitantes de ese tiempo, a fin de mirar y medir la altura del salto.

—Tres kilómetros y medio —gritó enojado al jurado.

Y partió entonces el cuarto saltarín, el gran

favorito del público, y saltarín que saltó... y saltarín que saltó... saltó...

Un momento, por favor. Parece que algo no ha marchado bien. Vamos a averiguar.

—Buenas tardes, señor Adán, ¡perdón!... ¿Me puede explicar qué es lo que ha sucedido?

—No me diga nada, señor, esto es muy desagradable —contestó Adán, parado en dos patas, apoyado en el palo, y no quiso agregar nada más.

Sin embargo, luego nos contaron lo sucedido:

El cuarto saltarín, saltó alto, alto..., alto. Todos los participantes y el público, y los jueces, todos los que estaban contemplando la prueba, quedaron en suspenso. Un silencio de expectación se produjo... y se prolongó... esperando.

Dos meses después todavía no descendía el cuarto saltarín.

Un tanto cansado de esperar y, ante la imposibilidad de medir el salto, y sobre todo por el hecho de tener que estar parado en dos patas, el señor Adán pidió que éste se anulara.

Pero todos protestaron y exigieron que fuera medido, so pena de echar al señor Adán de su puesto de medidor de alturas.

Ante tan grave amenaza, venciendo su pudor,

y en medio de las miradas burlonas de los demás hombres (y desde luego de los pumas, guanacos, huillines, pudúes y otros animales), Adán, parado sobre sus dos patas, siguió entonces mirando al cielo, esperando que descendiera el cuarto saltarín.

(El único que no se rió de él fue el señor Pájaro, que en un esfuerzo por ayudarlo aprendió a volar para ver si encontraba al famoso saltarín).

Cuentan que el pobre Adán tuvo que seguir andando por el resto de sus días en dos patas. (¡Qué posición más ridícula e incómoda!).

Al morir, pidió a sus hijos que, cumpliendo con su compromiso, averiguaran la altura de aquel salto. Estos, a su vez, se lo pidieron a sus hijos... y éstos a los suyos... y así hasta nuestros días, en que los descendientes de Adán, nosotros, aún avergonzados, caminamos en dos patas tratando de averiguar dónde estará el famoso cuarto saltarín.

(Para ello, incluso, se han inventado telescopios y otros aparatos para mirar el cielo. Ahora último hasta se han enviado naves espaciales en un denodado intento por ubicarlo... ¡Pero todo ha sido en vano! ¡No logramos encontrarlo!... Y mientras tanto debemos seguir andando solamente sobre dos pies).

JUANITO EL INVESTIGADOR

(Este cuento no debe ser leído por los padres)

Había una vez un niño que se llamaba Juan.

Y han de saber ustedes que Juan no era un niño como cualquier otro. ¡No, no! Juan, con sus ocho años de vida, no perdía el tiempo en juegos para chicos sino que hacía experimentos; pues Juanito era un investigador.

Experimentaba cada una de las leyes que estudiaba en el colegio o que descubría, porque también descubrió varias sobre las que no había leído en ninguna parte.

Cuando tenía siete años, por ejemplo, descubrió que el sonido, muy bonito por lo demás, que hacía un vaso al quebrarse, cambiaba si se dejaba caer el vaso desde más arriba o desde más abajo.

(Te aconsejo que no repitas ese experimento. Puedes creerle a Juan).

Cuando terminó su investigación, todos los vasos de la casa estaban quebrados.

Muchos investigadores han tenido una vida llena de sacrificios. La vida de Juanito también era dura, pero la paliza que le dieron en esa ocasión, en vez de quitarle las ganas de investigar lo impulsó a seguir con sus descubrimientos.

Tampoco se olvidará Juanito de cómo descubrió la ley de Gravedad.

(Es esa ley que hace que todos andemos pegados al suelo, y que si tú tienes en la mano un libro y lo sueltas, se cae. Lo mismo pasa con una piedra, con una hoja o con un niño).

A Juanito le enseñaron en el colegio que a un caballero que se había sentado debajo de un árbol a descansar, le cayó encima una manzana. Entonces descubrió la Ley de Gravedad.

Saber esto y arder en deseos de hacer el experimento, fueron una misma cosa.

Lo primero que hizo Juanito al llegar a su casa, fue tomar una manzana y subirse al nogal que había en el jardín.

Mientras amarraba la manzana a una rama del

árbol, para ver si la fruta caería o no, para comprobar eso de la ley de Gravedad, Juanito perdió el equilibrio y ¡cataplúm! se cayó del árbol. Se cayó Juanito, se cayó la manzana y se cayó también la rama, que se había roto.

Así descubrió que la ley de Gravedad funcionaba no sólo con las manzanas, sino también con las ramas y con los niños que se suben arriba de los árboles.

(Pero si tú crees que eso desanimó a Juanito, estás muy equivocado).

Se sintió el segundo descubridor de la Gravedad y se dispuso a seguir investigando este ancho y desconocido mundo.

¿CÓMO MEDIR EL VOLUMEN DE UN CUERPO?

Uno de sus mayores éxitos fue el experimento que hizo para comprobar si era verdad que el volumen de un cuerpo se puede medir por la cantidad de agua que desplazaba. Es decir, que si se coloca una piedra en un balde lleno de agua, la cantidad de agua que rebalse será igual a la que ocupa la piedra, al volumen de la piedra.

Juanito encontró que el recipiente ideal para hacer el experimento era la bañera. Además, nada más interesante que hacer un experimento en el que había que usar tanta agua: nada menos que una bañera rebosante. Así pues Juanito, feliz, llenó la bañera con agua.

Fue midiendo luego el volumen de cada uno de sus juguetes: El camión colorado, los osos de felpa, la pelota y el juego viejo para armar casitas, dos libros de cuentos, dos pares de zapatos, uno de su hermanito y otro suyo, y las sillas donde se sentaban a comer:

La mesa, como no cupo en la bañera, no la pudo medir.

A esta altura del experimento, el agua que rebalsaba solamente había inundado el cuarto de baño...

Pero Juanito era un niño que hacía sus cosas a conciencia: Entraron después en la bañera un par de zapatos del papá y tres maceteros con plantas. Esto ensució un poco el agua, pero nuestro investigador supuso que la tierra, o mejor dicho, el barro no alteraría mucho los cálculos.

El velador tuvo que hacerlo con la ayuda de su hermanito, porque era muy pesado. Nueve platos,

un paquete de porotos y siete naranjas que habían en la cocina, dos cajas desocupadas y dos lámparas chicas (las grandes no las pudo mover), el bolsón del colegio y diecisiete lápices.

A pesar de todo, aún quedaba un lugar desocupado y ya a Juanito no se le ocurría qué otra cosa medir. Así fue como recurrió de nuevo a la ayuda de su hermano, y aunque éste se opuso y comenzó a llorar, terminó también adentro de la bañera para ser medido.

Juanito nunca supo si fueron los gritos desesperados o el agua que llegaba ya al comedor, lo que atrajo la atención de su mamá. Lo cierto es que tuvo que suspender el experimento, sin poder determinar efectivamente cuántas cosas se necesitaban para que rebalsara toda el agua de la bañera.

Y además de no dejarlo terminar, lo castigaron.

Con justa razón, Juanito pensó que los investigadores no eran comprendidos...

DE CÓMO SE HACE UN GENIO...

Pero sin duda el experimento más fascinante que realizó Juanito fue el siguiente: descubrió

que el agua que había en una tetera puesta en el fuego desaparecía convertida en humo blanco.

Sabía además, porque lo había leído cuando era chico, que un señor Aladino tenía una lámpara mágica de la cual salía un genio, es decir, primero aparecía un humo, y luego se convertía en genio. Todo esto cuando la lámpara se frotaba. Acerca de ese genio, había leído muchos cuentos: que era capaz de hacer cosas maravillosas, tales como hacerse invisible, o viajar enormes distancias muy ligero. ¡Cuánto deseaba Juanito poder ser como el genio!

Por eso, cuando en el colegio le enseñaron que se podía producir calor por medio del frotamiento, Juanito se sintió dichoso.

Hizo el siguiente razonamiento:

Primero: para que aparezca un genio, es necesario frotar la lámpara; es decir, es necesario calentarla.

Segundo: de una tetera caliente aparece humo y de una lámpara caliente también aparece humo. El humo de la tetera se hace invisible; el humo de la lámpara se hace genio, y los genios se hacen invisibles.

Por lo tanto: si algo se calienta hasta que se

convierta en humo, como el agua de la tetera, ese humo no será otra cosa que un genio invisible.

Solamente debía comprobar su teoría. Para ello recurrió a una ramita que encontró en el jardín. La acercó a la llama de la cocina: la ramita desapareció convertida en humo negro y se disolvió en el aire, como cualquier genio vulgar lo haría.

La demostración estaba lograda. Ahora Juanito iba a realizar el experimento que lo haría famoso:

—¿Tienes frío, Juanito? —le preguntó su mamá cuando lo vio subido arriba de la estufa.

—Me estoy transformando en genio —contestó Juanito—. Si te quedas un rato, mamá, vas a ver cómo primero me hago humo y después me hago invisible igual que el genio de Aladino.

Tenía bastante calor, pero lo soportaba, sabiendo lo importante que era su descubrimiento. Sentía todo el cuerpo mojado por la transpiración. “Parece”, pensó, “que primero uno se convierte en agua”. En ese momento apareció el primer humito.

—¡Ves, mamá! —le gritó cuando ésta se alejaba—. Ya me estoy convirtiendo en humo.

Su mamá lo alcanzó a sacar sin otra quemadura que la de un pedazo del pantalón. Y cosa curiosa, esta vez, a pesar que como de costumbre le había interrumpido el experimento, en vez de castigarlo, su mamá lo llevó al dormitorio, y mientras le cambiaba el pantalón, le dijo:

—Cuando seas grande, vas a ser un genio de verdad. Ya verás.





DE CÓMO DESAPARECE Y REAPARECE UN GUANACO AZUL

Había una vez un pequeño guanaco azul que recorría los angostos valles andinos buscando pasto tierno, recogiendo florecillas y escribiendo dulces poesías.

¿Que los guanacos no escriben poesías? ¡Qué importa!, si tampoco hay guanacos azules.

Gustaba nuestro apacible guanaco sentarse por las tardes a contemplar la puesta del sol, tocando en su quena suaves melodías, acompañado por los trinos de picaflores y chorlitos.

Un buen día descubrió una pequeña colina cubierta de pasto tierno. Subió a la cumbre y sentándose... ¡Ruuuum!... se deslizó por ella como tú lo haces por un tobogán.

¡Cómo gozó nuestro amigo con aquel juego!
Una y otra vez subió corriendo y... ¡Ruuuum!...

se dejó resbalar por la ladera. Tanto le gustó que, desde entonces, todos los días pasaba horas y horas subiendo y ¡Ruuuum!... deslizándose cerro abajo.

Y sucedió que...

Nora y su padre, un ingeniero amante, como casi todos los ingenieros, de la exactitud y precisión científicas, daban un paseo por los cerros aprovechando la cálida mañana de aquel domingo.

Ambos iban contemplando las pequeñas flores, los picachos nevados, los grandes tamarugos, cuando de pronto...

¡Ahí estaba! Un guanaco azul con una flor en el hocico... ¡Ruuuum!... pasó junto a ellos resbalando sentado por la ladera de la colina.

—¡Papá!... ¡Un guanaco azul! —gritó Nora sin creer lo que estaba viendo.

—Bueno, bueno —titubeó el padre—, en verdad no existen los guanacos azules.

—Pero, papá, si acabamos de ver uno —insistió la niña.

—Creemos ver muchas cosas —indicó el padre con voz grave (con esa voz con que hablan los grandes cuando quieren convencer a los chicos),

pero nuestros sentidos nos engañan a veces. El color azul podría deberse, por ejemplo, a la luz del atardecer.

—Es que es de mañana —repuso Nora despacito.

En ese momento... ¡Ruuuum!... pasó deslizándose junto a ellos el guanaco azul con su flor en el hocico.

—Sí, tienes razón —aceptó el padre—. ¿Sabes? —agregó—, debemos mirarlo desde otro lado.

Ambos corrieron hacia el otro lado de la colina; luego corrieron hasta la cumbre y después corrieron hacia abajo.

El guanaco azul los miraba muy serio.

—¡Uf! —se cansó el padre—. Acepto que el guanaco parece azul... Pero la observación no es completa, podría estar teñido —insistió sin darse por vencido.

—Papáaa... —lo regañó cariñosamente la niña.

—Tu tío Humberto es biólogo, él debería tener una explicación. Yo entiendo de física y no de guanacos.

—¿De física? —preguntó interesada Nora.

—Claro —exclamó el padre contento de hablar sobre lo que él sabía—. Yo podría decirte, por ejemplo, cuánto se demorará tu guanaco..., éste, azul, en

resbalar desde la cumbre hasta el pie de la colina.

—¿De veras?

—Así es —aseguró el padre—. El guanaco puede ser considerado simplemente como algo que se desliza por una superficie inclinada, y el roce con el pasto lo va frenando.

La niña escuchaba con atención a su padre.

El guanaco azul, sentado en lo alto, agitaba con su hocico la pequeña flor.

—El roce de la piel del guanaco con el pasto tierno tiene un valor.

—Sí —dijo Nora sin entender demasiado.

—Digamos un valor de cero coma tres —continuó imperturbable el ingeniero—; y por lo tanto, para nuestro cálculo podemos simplemente reemplazar el pasto por su valor de roce.

—Pero, papá —trató de decir la niña—, yo prefiero que siga siendo el pasto... es tan agradable...

Sin embargo el reclamo de Nora no sirvió para nada... En un abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!..., Desapareció el tierno y verde pasto y... ¡Plop!... En su lugar apareció un gran número: el 0.3.

—Con respecto a la colina —continuó diciendo el padre—, como te dije, podemos considerarla como una superficie o un plano inclinado.

—Papá —volvió a reclamar Nora—, si se ve tan bonita la colina...

—Es decir, como una superficie que mide cien metros de largo y con una altura de unos sesenta y ocho metros. ¿Te parece?

—Sí, papá —aceptó la niña—, pero...

—Eso significa que forma un ángulo de cuarenta y tres grados y por lo tanto... Podemos reemplazarla.

Y en un abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!... Desapareció la suave colina y en su lugar... ¡Plop!... Apareció el dibujo de un enorme ángulo en cuyo interior podía leerse: "43 grados".

—En cuanto al guanaco, no nos interesa su peso; simplemente podemos considerarlo como un bloque.

—¡Papá! —reclamó Nora por tercera vez—. Yo prefiero seguir considerándolo como un guanaco azul.

Pero su padre sólo pensaba en el problema.

—Y por lo tanto nos da lo mismo que sea un guanaco, una roca o un ropero; es decir, lo que nos interesa es que es una masa.

Y en otro abrir y cerrar de ojos... ¡Horror!... Desapareció el guanaco, y... ¡Plop!... En su lugar apareció una gigantesca "M".

Sólo la pequeña flor que el guanaco había tenido en el hocico permaneció flotando en el aire.

—Y ahora que tenemos todos los datos —continuó feliz el padre— podemos efectuar nuestro cálculo. —Y sacando una pequeña libreta escribió en ella una larga y escalofriante (pero muy útil) fórmula. Hizo algunas operaciones en su calculadora y exclamó con voz triunfante:

—¡Ya lo tenemos! Se demora exactamente cincuenta y dos coma siete segundos en caer.

Pero en ese momento levantó la vista y divisó a la pequeña florcita en el aire.

—¡Ajá! —exclamó—. La flor. Me faltó considerar la flor.

—¡No, papá, la flor no! —gritó la niña—. ¡La flor no!

—Pero, hija —se extrañó el padre—, si no tomo en cuenta la flor, el cálculo no será exacto.

—Ya lo sé, papá, yo sé que tú puedes decir cuánto va a demorar el guanaco en llegar abajo, o la masa del comedor, pero...

—Por supuesto, hijita, eso es lo maravilloso de la ciencia.

—Sí, lo entiendo. Lo que pasa es que a mí me gustaba la colina— dijo la niña con un poco de pena, pero... en un cerrar y abrir de ojos... ¡Plop!... Desapareció el gran ángulo con el número en su interior y... ¡Oh sorpresa!... Volvió a aparecer la suave colina.

—Y me gustaba mucho el pasto verde y tierno que la cubría —siguió diciendo. Y en otro cerrar y abrir de ojos... ¡Plop!... Desapareció el gran número "0,3" y ...¡Oh sorpresa!... La colina entera se cubrió de pasto.

—Y por sobre todo, todo —concluyó la niña—, me encantaba el pequeño guanaco azul, papá.

Y en un último cerrar y abrir de ojos... ¡Plop!... Desapareció la gran letra "M" y ...¡Oh sorpresa!... Apareció el dulce guanaco azul.

Entonces éste, con el hocico, cogió tranquilamente la pequeña flor que permanecía en el aire, miró a Nora, le sonrió y... ¡Ruuuum!... Se deslizó por la colina*.

*Nota para los científicos: Demoró exactamente 52,7 segundos en llegar abajo.

LA LLAMA Y LA QUENA

Erase una vez una llama, como cualquier otra llama.

Caminaba como llama.

Comía como llama.

Balaba como llama.

Un día, el rebaño pastaba en una pequeña meseta cerca de la aldea, cuando de pronto nuestra buena amiga encontró una quena tirada en el suelo.

Naturalmente ella sabía lo que era aquello porque había visto muchas veces al pastor mientras la tocaba.

Con curiosidad, acercó el hocico a la quena y sopló.

—Jiiiiii—sonó el instrumento.

La llama levantó asombrada la cabeza, pero al ver que las otras llamas se acercaban impresionadas por su hazaña, movió la cabeza como diciendo: ¡Ah!, vean de lo que soy capaz.

—¡Maravilloso... Magnífico... Fabuloso! —exclamaban todas.

—No hay mejor músico en toda la comarca —fue lo menos que dijeron. Y la llama, que no sabía que la quena había sonado por casualidad, se paseaba entre el rebaño muy satisfecha por la admiración de todas sus compañeras.

—¿Saben lo que haremos? —preguntó—. Formaremos un coro. Y como yo soy un excelente músico, lo dirigiré.

Aunque no muy convencidas, las llamas aceptaron la proposición. Todas comenzaron a balar al mismo tiempo, produciendo, por supuesto, un ruido espantoso, mientras nuestra amiga movía la cabeza muy orgullosa pensando en lo bien que lo estaba haciendo. Pero entonces una llama dejó de balar y dijo a otra:

—Oye, no me parece que lo estemos haciendo muy bien; esto suena horrible.

—Pues yo creo lo mismo —contestó la primera, y pronto todas se fueron callando y se

dispersaron en busca de pasto tierno, dejando sola a nuestra amiga.

Una vieja llama se le acercó y le dijo:

—No quiero ofenderte, pero ¿por qué no dejamos mejor que sea el pastor el que toque su quena?

EL REY BARRIGUDO

En lo más verde de la verde selva del Amazonas, vivía un mono Barrigudo, gordo y lanudo que, como cualquier otro mono, saltaba de rama en rama y hacía muchas monerías.

Un día, después de una tormenta, salió a buscar comida. De pronto, un gran resplandor llamó su atención. Avanzando cautelosamente vio un enorme acajú caído que ardía alcanzado por un rayo.

La curiosidad pudo más que el miedo y el mono Barrigudo se acercó al árbol y cogió una rama ardiendo. Pero en ese momento...

—GRRR —oyó.

Era el rugido de un feroz jaguar.

Agitó sus brazos aterrado el lanudo Barrigudo, olvidándose, con el susto, de soltar el palo que aferraba en la mano.

Al ver aquella rama ardiendo, el jaguar, temeroso del fuego, escapó.

—¡Qué valiente soy! —se dijo entonces el mono—. He hecho huir al jaguar —y dando saltos y brincos se reunió con su bandada.

—Soy el más poderoso señor del Amazonas —les dijo mientras se balanceaba colgado de la cola, rascándose la barriga—. Acabo de espantar nada menos que al jaguar.

—¡¡¡Ooohhh!!! —exclamaron los monos y se pusieron a chillar y a brincar y a hacer toda clase de monerías.

—Queremos ver cómo agarras el fuego —le pidieron; y tras el Barrigudo partieron los monos peludos de todo el lugar.

*Tanta fue la excitación
que, a tal mono tal monería,
y un mono Araña arañó la cola
Del Aullador que quedó llorando;
Un Titi Enano dio tres brinquitos;
y un Ucarí Rojo se quedó blanco;
y los dormilones Monos de la Noche,
no pudiendo resistir tanta emoción...
se fueron a dormir.*



Un Perezoso que contemplaba la escena colgando de cabeza, pensó: "Algo va a suceder, lo voy a pensar".

Y comenzó a pensar calmadamente.

Muchos animales se acercaron a ver qué sucedía. Entonces el lanudo mono Barrigudo agitó la rama con fuego haciendo que todos huyeran despavoridos. También los monos.

—¡Todos me temen, qué tremendo soy! —decía el mono.

—Sí, sí —reconocieron—. ¡Eres fantástico!

—Por lo tanto, yo seré el rey —decidió muy serio el Barrigudo.

—¡Viva el Rey! ¡Viva el lanudo Rey Barrigudo!

—Y todos ustedes serán mis monos consejeros —agregó, y ahí no más fue nombrando asesores, inspectores, protectores y repartiendo todo tipo de cargos.

Mientras tanto, los dichosos consejeros, colgados de las colas, chillaban, brincaban y hacían toda clase de monerías.

—¿Y qué hago ahora? —se preguntó el Rey Barrigudo Primero.

Un Saki Cabelludo, monito muy goloso, sugirió:

—Se me ocurre una sabrosa idea. Tú debes prohibir a los pájaros que coman las frutas de los árboles y... el néctar de las flores —concluyó.

Estas eran, por supuesto, sus comidas favoritas.

—Muy bien —dijo el rey.

Y sin pensarlo dos veces decretó:

—Desde este momento prohíbo a los pájaros comer frutas y néctar.

Aplaudiendo la orden del peludo rey, los peludos monos, colgados de sus colas, chillaron y brincaron e hicieron toda clase de monerías.

Cuando los pájaros se enteraron de la absurda orden, comenzaron a piar en señal de desacuerdo, pero la gran rama ardiendo que agitaba el lanudo Rey Barrigudo los hizo quedarse callados.

El Perezoso pensaba: "Algo está sucediendo; lo voy a pensar".

Y siguió pensando calmadamente.

Así pues, los pájaros dejaron de comer ricas frutas y néctar. Unos pocos, los más osados, trataron de picotear algunas frutas en el suelo, pero fueron devorados por un hambriento gato Margay.

Entonces los Tucanes, Guacamayos y todas las aves de hermosa figura, al no tener qué comer, volaron a otros lugares.

A los pocos días, sin embargo, los pequeños carnívoros pidieron entrevistarse con el rey. Llegaron la Serpiente de Coral y la Boa Verde; por las aves de presa se presentaron la Arpia y el Halcón; y junto a ellos el Juagarandí, el Irará y el Coatí.

—Lanudo Rey Barrigudo, excemonísimo señor —le dijeron desde prudente distancia—. Se fueron los Colibríes, se fueron las Cotorras; todos los pájaros que eran nuestro principal alimento se fueron. Nos hemos quedado sin comida y tenemos hambre.

No lo pensó demasiado, más bien no lo pensó nada; rascándose la barriga como era su costumbre y sin soltar, por supuesto, la rama ardiendo, el lanudo Rey Barrigudo decretó:

—Ordeno que todos los que antes comían pajaritos ahora coman pasto —y dio por terminada la audiencia.

Muy carnívoros eran los hambrientos disformes, pero frente a la rama con fuego, no había una larga discusión, así es que... comenzaron a comer pasto.

Muy divertido les pareció aquello a los peludos consejeros.

*Un Zocayo Sombrío se murió de risa
y Titi Leoncito rugía dichoso,
con un bigote de Titi Bigotudo
Peinaba su barba un Capuchino Barbudo,
y era tanto el alborozo
y tan grande el regocijo
que los monos dormilones...
se fueron a dormir.*

El Perezoso, que aún no se movía, pensó: "Sí, algo está sucediendo; algo tendré que pensar..."

Y siguió meditando calmadamente.

Pero entonces todos los animales que sí comen pasto, los herbívoros: Agutíes, Carpinchos, Pecaríes y los pequeños venados Mezamas, al ver que otros se comían sus pastos intentaron reclamar. Pero como sus voces no se oían en las altas copas de los árboles, amenazaron con abandonar la región.

Al saber aquello, el lanudo Rey Barrigudo se alarmó un poquitín..., se le despoblaba el reino. Pero se alarmó un poçotón cuando el Jaguar, el Ocelote, el Zorro y la Anaconda gruñendo se acercaron peligrosamente a reclamar porque se les marchaba la comida.

¡Hasta los Monos Dormilones se despertaron con el susto!

Ya no le bastó al Barrigudo mover frenéticamente la rama. Tuvo que hacer una promesa:

—Díganles a esos animalejos comedores de pasto que éste alcanzará para todos... Ya verán.

Y ante el asombro general ordenó:

—Pasto, te ordeno que crezcas de inmediato más rápido —luego se colgó de la cola, se rascó la barriga y sonrió satisfecho.

Pero como el pasto no puede crecer más rápido, por mucho que cualquier rey mono lanudo y barrigudo se lo ordene, siguió creciendo despacito.

El rey, mono sería pero no era tonto, se dio cuenta de aquello y dio una contraorden:

—Pasto —le ordenó—, te prohíbo que crezcas más rápido.

Y como el pasto, muy indiferente, siguiera creciendo igual, el lanudo Barrigudo proclamó:

—Ven, ven cómo me obedece... —pero no se rascó la barriga.

Algunos monos aplaudieron; los menos hicieron monerías.

El Perezoso colgado de cabeza pensaba: “Ya

debe estar pasando algo; yo debería estar pensándolo”.

Y siguió calmadamente pensando.

Pero los grandes carniceros no estaban satisfechos, ni los pequeños, ni tampoco lo estaban los herbívoros, ni los pájaros... Y, pensándolo bien, creo que nadie lo estaba.

Entonces todos se acercaron al lanudo Rey Barrigudo y le dijeron:

—Queremos que dejes tranquila esa rama con fuego, y nada de decretos.

—Jamás —repuso el mono, agitando su rama.

—Pues entonces... —dijeron los animales... Y llenando sus pulmones de aire, soplaron todos al mismo tiempo.

Se apagaron la rama, el tronco y el fuego. Y también se apagó el breve reinado del lanudo Rey Barrigudo Primero... y último.

“Bueno —pensó el Perezoso—, no alcancé a pensar qué pasó”.

Y siguió colgando cabeza abajo.



UN LORO EN EL GALLINERO

Era un lugar tranquilo ese gallinero.

Hasta que llegó el loro.

Pero no nos apuremos...

Era un lugar tranquilo; las gallinas iban de uno a otro lado caminando como gallinas. Picoteaban algunos granitos de maíz. Tomaban su traguito de agua y se sentaban satisfechas en su nido.

Una vez al día, alguna gallina se echaba muy seria, ponía un gran huevo y entonces cacarcaba:

-Clo, clo, clo...

Luego volvía a conversar con las otras esperando la comida. Así, todos los días.

Era un lugar tranquilo ese gallinero.

Hasta que llegó el loro.

Nadie supo de dónde llegó.

De repente, ahí estaba el lorito, sentado en el

palo grande del gallinero, mirando a las gallinas poner sus huevos.

Llegó el loro y se acabó la tranquilidad.

—¡Su atención, por favor! —lès dijo—. Se anuncia la llegada del lorito.

Justo en ese momento, una gallina que acababa de poner un huevo, comenzó a cacarear:

—Clo... clo... clo...

—¡HORROR! —gritó el loro agarrándose la cabeza entre las alas—. ¡Qué manera tan primitiva de trabajar!

—En verdad no estamos a la última moda —se disculpó una gallina.

—¡Qué poca organización! —insistió el loro.

“¿Organización?”, pensaron las gallinas. “Debe ser un nuevo alimento...”, y sonrieron.

—Y para lograrlo, será necesario dividirnos el trabajo —agregó el loro.

—¿Pondremos huevos divididos? —preguntó una pollita.

El loro la miró muy enojado.

—Ustedes harán lo único que saben hacer: poner huevos. El lorito se encargará del resto.

—¿El resto? —preguntaron extrañadas—. ¿Qué más hay que hacer?

—Mucho, por supuesto —dijo el loro—. El lorito va a dirigir este gallinero, va a anunciar los huevos y va a administrar la comida.

Las gallinas lo miraron sin poder salir de su asombro. Jamás se les hubiera ocurrido pensar que fuera tan complicado ese asunto del gallinero.

—Clo... —comenzó a cacarear una gallina que había puesto un huevo.

—Un momento —la atajó el loro—: el lorito hará una demostración.

Las gallinas contuvieron la respiración; no se atrevían a mover ni una plumita.

El loro se paró, entonces, cerca de la puerta y se puso a gritar:

—¡HUEVITOS..., huevitos..., a los ricos huevitos!, huevitos para el desayuno... —y siguió gritando hasta que la dueña del gallinero apareció con su delantal lleno de comida a recoger los huevos.

Y como era un poco ciega no vio al loro.

Echó la comida en el comedero y recogió los huevos.

Corrieron las gallinas para picotear su comida, pero ahí estaba el loro delante del comedero.

—Un momento. ¿Quién consiguió esta comida? —les preguntó.

Las gallinas no habían pensado en ello.

—Les he mostrado cómo se hace —dijo el loro—, y ahora, si me perdonan, el lorito tiene hambre— y dándose vuelta se puso a devorar el rico maíz mientras las gallinas lo miraban.

Cuando se cansó de comer se subió al palo y anunció:

—El lorito ya no tiene hambre; ahora coman ustedes.

Se acercaron las gallinas, pero sólo quedaban restos de comida. No era mucho, es verdad, pero como el loro la había conseguido...

Desde aquella mañana el loro se paseaba por el palo, se dedicaba a comer, a dormir la siesta y a parlotear todo el día:

—¡Qué bien funciona este gallinero! —decía.

Pero llegó un día en que no le bastó la comida que les llevaban por las mañanas; decidió que también debía conseguir comida a mediodía.

Estaban muy quietecitas las gallinas después de haber puesto un huevo y raspando la poca comida, cuando de repente..., parándose en la puerca, el loro empezó a gritar:

—¡HUEVITOS!... ¡A los ricos huevitos!... ¡Huevitos para el almuerzo!...

Sorprendida, la dueña del gallinero se llenó el delantal con comida y partió a buscar los huevos; cuando vio que no había ninguno dijo:

—¡Ah, gallinas tontas! ¡Que me hacen trabajar en balde! Van a ver lo que les pasa si me hacen esto de nuevo..., a la olla las echo —y se fue sin dejar la comida.

Las gallinas quedaron aterrorizadas.

Pero el loro se puso muy contento pues había conseguido su propósito.

En efecto, al mediodía del día siguiente el lorito se paró cerca de la puerta y volvió a gritar:

—¡HUEVITOS!..., huevitos..., a los ricos huevitos..., huevitos para el almuerzo...

Al oír los gritos las gallinas se asustaron tanto, que de puro susto cada una puso un huevo; bastante chiquito en verdad, pero huevo al fin.

La dueña del gallinero se enojó:

—¡Van a ver lo que les pasa si me engañan otra vez! —pero por si acaso llenó su delantal con comida y se fue al gallinero.

Sin embargo, al llegar tuvo una linda sorpresa.

En cada nido había un huevo. Como de pajarrito, es cierto, pero eran huevos. Los recogió y dejó la comida en el comedero.

—Tiene hambre el lorito —anunció el loro y se comió casi toda la comida. Las gallinas apenas si alcanzaron a tocar algunos granitos de maíz.

Al día siguiente, por supuesto, tanto los huevos puestos en la mañana como los del mediodía, eran del tamaño de un huevo de paloma, pero eso no le importó mucho al loro.

Y pasaron varios días.

Ahora el loro comía por la mañana y al mediodía.

—¡Qué lugar tan agradable este gallinero! —decía.

Pero sucedió lo inevitable: al loro le dio hambre al atardecer.

Decidió, pues, que las gallinas pusieran no sólo dos huevos al día, sino tres.

Se paró en el palo y comenzó a ordenar:

—A ver, a ver..., el lorito tiene hambre, así es que cada una de ustedes debe poner otro huevito antes de que yo llame a la señora —y agregó, por si acaso—: Es necesario mejorar la productividad.

Las gallinas se miraron entre sí.

Ya estaban bastante molestas con los dos huevos que debían poner, pero tres... ¡Era el colmo!

Una vieja gallina tomó la palabra:



–Oye, lorito –dijo–, explícanos más; tú sabes que somos lentas para entender.

–Pero si está muy claro –explicó el loro–. Cuando el lorito llegó a este gallinero, ustedes apenas ponían un huevo al día ¡Ahora ponen dos! Eso se llama mayor productividad.

–¿Pero eres ciego, lorito? –se atrevió a preguntar una castellana–. ¿No ves que ahora los huevos parecen de paloma?

–¡Detalles! –aclaró el loro– ¡Detalles!

–Pues resulta que tu productividad no nos sirve, ni tampoco a la dueña del gallinero.

–Pero sirve para que traigan comida dos veces al día –dijo el loro–. ¡Y ya basta de charla, el lorito tiene...!

–Aún no hemos terminado, lorito –lo interrumpió la gallina–. Traen comida dos veces al día, pero tú te comes casi todo y a nosotras nos tocan las sobras.

–¿Y qué quieres –le preguntó el loro–, si es el lorito el que tiene la mayor responsabilidad? Si no fuera por mí...

Pero ya no convencía a las gallinas.

–¿Sabes? –repuso la gallina vieja–, en adelante nosotros tomaremos esa responsabilidad.

–¡Pero esto es el colmo! –protestó el loro–. La iniciativa del lorito...

–Y nosotras avisaremos –dijo otra gallina.

–Pero la experiencia del lorito... –insistió aún el loro.

–Y será uno al día –dijo otra.

–Pero es que el gallinero...

–Y lo más importante –terminó de decir la gallina vieja, mientras entre todas empujaban al lorito fuera del gallinero– es que la comida y el maíz lo comeremos también nosotras.

–¡Oh, qué mal agradecidas son! –exclamó el loro mientras le cerraban la puerta en las narices–. ¡Y tan hermoso lugar que era este gallinero!...

¡A COMBATIR A LOS DRAGONES!

Aquella tarde mi papá volvió del trabajo, entró a mi pieza y depositó en mi cama un paquete muy pesado. Me contó que lo había encontrado por casualidad en un sitio eriazo.

—Ya sabes —me dijo—, un terreno vacío donde se va a construir una casa. Al cruzar una acequia vi que el puentecillo era esto —señaló el paquete—. Por supuesto que lo levanté, lo llevé a la oficina para limpiarlo y te lo traigo de regalo. Es una sorpresa.

Le di un beso por acordarse de mí y por el regalo. Lo abrí. ¡Era un escudo! Un escudo de verdad, no uno de esos juguetes plásticos.

¡No! Era un escudo de fierro con el dibujo en sobrerrelieve de un castillo en medio de un prado con un bosque al fondo.

¡Cómo me habría gustado tener una espada y convertirme en uno de los caballeros de la mesa del rey no me acuerdo cuánto!...

Lo di vuelta. Por atrás tenía dos argollas para pasar el brazo y sujetarlo...

Pero había algo más: aunque muy borradas, aparecían unas palabras; como si alguien las hubiera escrito con un clavo.

No me fue fácil leerlas, pero al fin lo logré. Decía:

OMNIS QUI VELLERE TRANSIRE
PER TEMPUS AGITE
QUOD CLAM SCRIPTUM EST:
NEGARE FINIS TEMPUS,
TUNC LIBERARE ET AMBULARE NISI
TEMPUS, ULTRA TEMPUS ET REGIO,
QUIA QUOD DICTUM EST,
QUIDEM AD VENIRE.

Sonaba a idioma antiguo. Le pregunté a mi mamá, que es profesora. Me dijo que era latín y entre los dos buscamos las palabras en un diccionario.

—Parece que el que lo escribió no lo hablaba muy bien —me dijo mi mamá cuando las palabras

estuvieron ordenadas. Llevé el papel al dormitorio y levantando el escudo —a duras penas, pues era muy pesado— leí en voz alta:

—Todo el que querer transitar por tiempo ha-
ced lo que oculto escrito está: negar límite tiempo, entonces liberar y deambular fuera del tiempo, más allá del tiempo y lugar, porque lo que dicho está, en verdad ser hecho.

—¡Niego los límites del tiempo! —grité.

Entonces desapareció el dormitorio y la cama donde estaba, y parece que toda la casa porque me encontré sentado en un tronco y frente a mí había un castillo con un gran campo verde adelante y un bosque atrás... Igual que en el escudo que aún sujetaba.

Tenía el escudo en un brazo, y con la otra mano empuñaba una espada. Mi uniforme de colegio se veía fuera de lugar. Haciendo un esfuerzo logré levantarme y me dirigí hacia el castillo. Al llegar al puente levadizo, me atajaron dos guardias.

—¿Quién eres, caballero, y a quién buscas?

Yo sabía quién era, así es que les dije mi nombre:

—Me llamo Cirdán Delames Arredondo.

Al oír mi nombre me dejaron pasar, anunciándome:

—¡Sir Dan de la Mesa Redonda!

Era indudable que no habían entendido bien, pero preferí callar. Fui conducido a presencia de un señor elegantemente vestido, con un ojo parchado y la nariz chueca.

Era el Gran Duque. Estaba comiendo carne, sin tenedor y a dentellada limpia. Noté que le faltaban dientes.

Al terminar, tiró los restos y unos perros atropellándome, se abalanzaron sobre éstos. Miró con curiosidad mi ropa y, aunque no muy convencido, inquirió:

—¿Vienes a competir por el trono?

Guardé silencio. No tenía idea de esa competencia. Él continuó:

—Aquel que libere a la princesa se casará con ella y será coronado rey.

Tampoco sabía dónde estaba la princesa.

Caminé hasta llegar a un villorrio. De lejos era igual a los dibujos sobre el feudalismo de mi libro de Historia, pero de cerca...

Las callejuelas, bordeadas por viviendas agrietadas, con ventanas sin vidrio y puertas de

madera roída, estaban llenas de animales, desperdicios, heces y un millón de moscas.

Si esto era feo de mirar, el olor era espantoso.

Pero sobre todo había niños. Sucios, harapientos, demacrados, con pocos dientes, muchas cicatrices de enfermedades y heridas infectadas. Los adultos estaban aún en peores condiciones. A una mujer le pregunté por la princesa.

—¿La princesa? —indicó mirando asustada hacia los bosques—. Está en el castillo del malvado Conde A. Pero no debes cruzar las tierras del Barón B, pues lucha con el Marqués C, que es aliado del Conde A en la guerra contra el Duque D cuando luchaban con el Rey E.

Me encaminé hacia el bosque y afortunadamente alcancé a internarme en él, pues unos forajidos que asaltaban a un caballero de brillante armadura, dejándolo en paños menores no me vieron.

Al llegar a un riachuelo casi choqué con un guardia que, a la entrada del puentecillo, cerraba el paso.

—Si quieres cruzar deberás pagar o luchar conmigo —dijo y arremetió lanza en ristre contra la parte trasera de mi pantalón, porque como yo

no tenía intenciones de pelear huí hacia el arroyo y logré cruzarlo.

De pronto se abrió un enorme claro y se vio un castillo de piedra negra. En una ventana de la torre la princesa lloraba.

Pero un enorme dragón me atacó rugiendo espantosamente y echando fuego por sus fauces. Me oculté al notar que cientos de cuerpos de caballeros y villanos yacían carbonizados luego de haber intentado luchar contra el dragón. Muchos estaban atravesados por lanzas, como si hubieran peleado entre ellos.

—No te acerques —me advirtió un joven que llevaba un laúd.

Revisé mis bolsillos para ver qué andaba trayendo. Había una minigrabadora, mi pistola de agua, un par de clavos y dos monedas, un pedazo de pitilla y una caja de chicles.

Era cuanto necesitaba. Me asomé para que el dragón se enfureciera y grabé sus rugidos.

Después, me enfrenté a él y encendí a todo volumen la grabadora mientras le disparaba con mi pistola a la boca. Se oyó un fuertísimo rugido que desconcertó al monstruo, mientras el chorro de agua apagaba su fuego.

Hecho esto, le arrojé la caja de chicles. Intentó abrir la boca, pero no pudo, pues aquellos se le habían pegado a los dientes. Entonces salté sobre él, y con la pitilla amarré fuertemente su hocico. Victorioso, subí a la torre y la princesa me abrazó.

—¡Oh, me has liberado! ¡Tuyo es el reino!

Noté que tenía la cara con cicatrices de viruela y que un ojo se le iba un poco. Claro que muy pronto, por eso, de todos modos le pregunté:

—¿Dices que el reino solamente? El Gran Duque prometió que me casaría contigo.

—Es que estamos enamorados— dijo tras de mí el trovador—. Tú puedes ser rey, pero permítenos ser felices.

—Para serles franco —acepté—, pueden ser felices y además reyes. Yo prefiero volver a... —pero callé a tiempo. Sino, me hubieran quemado por brujo. Sin embargo, al girar el escudo... ¡Oh!..., comprobé que la inscripción no estaba. El joven me indicó:

—En esa cabaña vive un mago. Él puede ayudarte —y partió con la princesa al castillo.

En el lugar señalado había un anciano. Al preguntarle si podía ayudarme, respondió que sólo

hablaba con magos. Entonces apelé a su orgullo y lo desafié:

—Soy un mago muy poderoso. En un abrir y cerrar de ojos puedo viajar al futuro y volver.

El cerró los ojos y yo, metiendo la mano en mi bolsillo, saqué las monedas. Cuando los abrió, se las mostré. Su asombro al verlas fue grande, pero me dijo:

—Yo puedo hacer lo mismo si escribes unas palabras mágicas en... en tu escudo.

Con un clavo fui escribiendo en el escudo las palabras en latín que él pronunciaba:

OMNIS QUI VELLERE TRANSIRE
PER TEMPUS AGITE
QUOD CLAM SCRIPTUM EST:
NEGARE FINIS TEMPUS,
TUNC LIBERARE ET...

—¡Con razón no había encontrado la inscripción! A medida que escribía, el escudo se ponía más y más caliente. Tuve que soltarlo.

Al terminar de escribir, todo desapareció y me encontré de nuevo, sano y salvo, en mi dormitorio.

Casi de inmediato entró mi papá. Me traía un escudo de fierro con un dibujo de un castillo, un prado y un bosque. En su reverso tenía unas palabras rayadas: OMNIS QUI VELLERE TRANSIRE PER...

Las conocía. Decidí que sería mejor no leerlas en voz alta.

OBRAS ESCOGIDAS



En Cuentos para sonreír, los protagonistas, o las situaciones en que estos se ven envueltos, divertirán y harán sonreír a los pequeños lectores. En ellos, junto con promover el desarrollo de la sensibilidad y del sentido del humor en su faceta más sutil, están presentes valores como el espíritu crítico, la comunicación en familia y la empatía. Uno de los cuentos -Juanito el investigador- "no debe ser leído por los padres", según recomendación del autor.

Saúl Schkolnik (1929) nació en Santiago, donde estudió en el Instituto Inglés y en la Universidad de Chile. En ésta se tituló de arquitecto y se licenció en Filosofía, especializándose en Filosofía de las Ciencias. Tras algunos años de ejercer la arquitectura, Saúl se dedicó a escribir no sólo cuentos para niños y jóvenes, sino que también poesías y novelas para adultos. Entre sus obras infanto-juveniles más destacadas están *Cuentos para adolescentes románticos* (1992), *Cuentos para sonreír* (1992), *Cuentos de los derechos del niño* (1993), *Cuentos transversales* (2001), *Cuentos para tiritar de miedo* (2003) y *De miedos y pájaros* (2006).

CÓDIGO 6754

